

TESTIMONIOS ESCRITOS INÉDITOS DE LOS SUCESOS
DE JULIO DE 1936 EN FUENTE DE CANTOS (BADAJOZ)

Emilio Quintanilla Martínez
Universidad de Navarra

El objetivo de esta comunicación es aportar nuevos datos, inéditos, que aclaren, en alguna medida, los luctuosos sucesos que tuvieron lugar entre los días 18 de Julio y 5 de Agosto de 1936. Lejos de mi intención el avivar antiguos resquemores o de resucitar enfrentamientos a causa de sucesos que tuvieron lugar hace ya sesenta y siete años, que no vivimos la inmensa mayoría de los españoles y que afortunadamente, están tan lejanos de la vida actual, los modos y la libertad de la España de la democracia, la pluralidad, la Constitución y el Estado de las Autonomías.

Los sucesos del 36 supusieron la culminación de una profundísima crisis social que venía gestándose desde, al menos, la década de 1830, agravada por los enfrentamientos e injusticias sociales, la aparición de ideologías totalitarias y las dificultades económicas, que desataron una terrible catarsis de imprevisibles y sangrientas consecuencias, tremendas en sí mismas y por las reacciones que desataron. Por fin, después de amagar durante una centuria, las dos Españas se enfrentaron, irracionalmente, en una lucha fratricida que infringió unas heridas que han tardado años y años en cicatrizar y esperemos que lo hayan ya hecho, y no vuelvan nunca a abrirse.

En esta comunicación queremos aportar algunos datos y opiniones que complementen las vertidas por Cayetano Ibarra en su estudio sobre este mismo tema publicado en *MESTO Cuadernos Monográficos de Tentudía IV* (pp. 537-563). En ese trabajo se recoge información de un número considerable de fuentes, tanto bibliográficas (como las obras de Justo Vila, Juan García Pérez, Fernando Sánchez Marroyo, González Ortín, Olegario Pachón), de archivos, teniendo como fuentes los Libros Carcelarios del Partido de Fuente de Cantos, los Sumarios de las causas seguidas por los tribunales que formaron los procesos sumarísimos en la postguerra, los documentos municipales, las actas de las autopsias, etc., además de haber recogido numerosos testimonios orales de personas de las más diversas tendencias.

Los textos que damos a conocer son tres. El primero se encuentra inserto entre las partidas del libro 47 de Bautismos de la Parroquia de Nuestra Señora de la Granada. Está escrito en un lugar que, en principio, no debió dedicarse a ello, pero se hizo así para asegurar la perdurabilidad del documento, *ad perpetuam rei memoriam*. Es el más «oficialista» de los tres, no deja lugar al sentimiento, narra los sucesos de manera escueta y quizás tenga un trasfondo amargo del que carecen los otros dos relatos.

El segundo está más matizado por el carácter de su autora, una carmelita descalza, por lo que abundan las reflexiones piadosas, las referencias a lo sobrenatural, la tendencia a explicaciones milagrosas y un claro deseo de no hacer referencia a personali-

dades concretas cuando se trata de hechos negativos y todo lo contrario en los casos en los que se hizo el bien a la comunidad.

El tercer relato, firmado por doña Manuela Liaño, es una narración vibrante escrita en primera persona, que nos muestra unos hechos tamizados por la fuerte personalidad de su autora, una mujer valiente, decidida, muy observadora y de unas profundas convicciones religiosas, además de poseedora de una cultura nada despreciable.

En todos los casos se nos hacen evidentes las vinculaciones de los autores con la literatura de la época y con las expresiones de realidades políticas y sociales del momento, que, si eran absolutamente comprensibles y habituales en su tiempo, rechinan en nuestros oídos actuales expresiones como *chusma marxista*, *rojos*, *nefasta República*, *ejército salvador* y otras. Hay que intentar ponerse en la piel y en los sentimientos de las personas que nos narran unos hechos en los que se conmovieron las bases de su existencia colectiva e individual, estuvieron sus vidas en grave peligro y fueron testigos de tremendas atrocidades.

Vaya en último lugar, que no en mi intención, mostrar mi profundo agradecimiento a doña Manuela Liaño Ruiz de Vargas, que ha concedido el permiso pertinente para hacer uso aquí de los escritos en los que narra sus experiencias durante esos días terribles de 1936, a la Hna. Ana María del Niño Jesús de Praga, O.C.D., que me ha permitido la consulta al archivo conventual y transcrito gran número de documentos, al Párroco de Nuestra Señora de la Granada, P. José M^a Borreguero, y a todas las personas de Fuente de Cantos que me han suministrado informaciones sobre esos sucesos.

Y para cerrar esta breve introducción, recordar el aforismo, tan repetido por los historiadores, de que la Historia hay que conocerla para que, en el futuro, no se vuelvan a cometer los mismos errores que en el pasado.

I

Archivo de la Parroquia Ntra. Sra. de la Granada
Libro de Bautismos 47. fols. 107 v y 108

NARRACIÓN DE LOS LUCTUOSOS SUCESOS OCURRIDOS
EN ESTA PARROQUIA EL 19 DE JULIO DE 1936

En la noche del 18 de Julio de 1936, aquél ministro de la nefasta República, llamado Largo Caballero, daba por radio la orden de echarse a la calle en toda España las turbas armadas, para llevar a efecto los desmanes y violencias que su ferocidad les sugiriese. No eran aún la 5 de la mañana del siguiente día, cuando las de este pueblo, amparadas y azuzadas por las autoridades gubernativas y por los dirigentes de todos los partidos que componían «el Partido Popular»¹ se presentaban armados en casa del sacerdote encargado de la Parroquia, Don Antonio Arcos, exigiéndole con amenazas e insultos la entrega de las llaves de la Parroquia, a lo que tuvo que acceder ante la multitud que había invadido su domicilio. Dueños ya de ellas, procedieron, antes de nada, a colocar bombas y otros artefactos explosivos detrás de los retablos y dentro de las cómodas y roperos de la sacristía; almacenaron también, buena cantidad de gasolina y de algodones impregnados en gasoil, que esparcieron por la solería del templo, en donde se conserva perfectamente la señal de los efectos. Luego, y con pretexto de recoger las armas de fuego, asaltaron y registraron los domicilios de las personas más significadas por sus ideas derechistas o por su posición social, llevando a efecto la detención de muchos de ellos, sin respetar edad, sexo, ni categoría, ya que entre los detenidos figuraba la primera autoridad judicial, Don Francisco Herrera de Llera, dignísimo Juez del Partido, tan respetado como querido por todas personas de bien, tres señoras muy dignas y dos niños, uno de tres años y otro de seis meses, hijos ambos de Don Fernando Fernández Márquez y su esposa Doña Matilde Nogales Crespo que, con sus referidos hijos estaban detenidos también. En medio del escarmio popular fueron conducidos, unos a la cárcel del partido y otros, en número de 56, a la casa Ayuntamiento en donde estaba reunido el Comité. De aquí, y cerca de la hora de medio día, fueron trasladados a la Parroquia, obligándoles a entrar en la sacristía, procediendo los

¹ Se refiere al Frente Popular.

agentes del Municipio a cerrar las puertas que daban acceso a la parroquia, y los cristales y maderas de las ventanas de ella, hasta quedar completamente a oscuras. En el interior del templo se colocaron dos sujetos, revestidos con indumentos clericales y blandiendo sendos cuchillos y armados también con escopetas, para cuando alguno de los detenidos abriese la puerta que comunicaba con el Altar Mayor, y que tenía afortunadamente el cerrojo por dentro, recibirle con una descarga, como así sucedió. Así preparada la escena de la tragedia, a una señal que todos ya conocían, y que fue un doble de campanas a muerto, dio principio el espectáculo espeluznante y bochornoso más horrible que ha manchado para siempre la historia de éste, hasta entonces honrado y pacífico pueblo. Descargas cerradas de todas clases de armas de fuego, denuestos, injurias del populacho ebrio de sangre, verdaderos ríos de gasolina que arrojan por puertas y ventanas, hasta dejar al rojo los barrotes de hierro. Por estos ventanales asoman a la calle algunos desgraciados medio asfixiados pidiendo misericordia y reciben entre las risas de la muchedumbre, nuevas descargas que les hacen terminar con sus vidas. Dos de los detenidos, llenos de pánico y terror, lograron salvar el fuego que había en la puerta de entrada de la sacristía, para escapar por la escalinata de la puerta principal y allí mismo son rematados con grande crueldad acribillados a balazos. En la diligencia de autopsia pudo comprobarse este extremo y en la vitrina que se ha colocado en la capilla de los Mártires se conservan para recuerdo de esta barbarie, los proyectiles que fueron extraídos del mismo corazón de las víctimas. Como el fuego prendió también en las tres puertas y cancelos interiores del Templo, se vieron obligados los sicarios que allí se encontraban a retirarse más lejos, y esta circunstancia providencial, juntamente con la densidad del humo que formaba como una especie de cortina, permitió a los que en la sacristía aún no habían sido heridos atravesasen el plano del Altar Mayor, y por una escalera oculta tras el retablo en la parte del Evangelio subieron a la azotea de la torre vieja, en la cual, no obstante los continuos disparos que desde la calle y torre alta les hacían, pudieron milagrosamente salvar sus vidas. Una de las señoras que tuviera esta fortuna, Doña Manuela Liaño, esposa de Don Juan Márquez, había recogido reverentemente las Sagradas Formas que los sacrílegos habían esparcido por el suelo y, que guardándolas en su pecho, sirvieron de consuelo en aquella agonía de varias horas que permanecieron esperando la muerte. A eso de las nueve de la noche cesó el tiroteo, y todos los supervivientes fueron de nuevo conducidos al Ayuntamiento; quedando aterrorizados al contemplar el dantesco espectáculo de la sacristía iluminada por aquella inmensa hoguera que consumía los restos mortales de nueve víctimas. Al bajar la escalinata de la puerta principal tuvieron que pasar por encima de los cadáveres de Don Manuel Macías y Don José Manzano, que allí yacían desangrados. Entre las doce víctimas figuraban: Don Juan Esteban, abogado, persona de sentimientos nobles que jamás se opuso no sólo a un acuerdo de justicia sino ni aún a exigencias injustas de los obreros; Don Antonio Díaz, industrial, que ni aún era del pueblo, de carácter afable y retraído, que únicamente se le veía en su comercio y de paseo con su

hermano; Don Andrés García, también forastero, viajante, que allá cada tres meses permanecía en este pueblo sólo unos días con su familia, de carácter atento, que ni pudo intervenir ni intervino jamás en ningún problema del pueblo; Don Fernando Pagador, obrero honradísimo que solo fue un sirviente lleno de humilde fidelidad a sus amos.

Del Ayuntamiento fueron trasladados a la cárcel del Partido, a las catorce horas del día veinte, y allí sufrieron las más groseras vejaciones y amenazas de muerte, que si bien no se consumaron fue debido al glorioso ejército de Franco que, al entrar en el pueblo en la madrugada del cinco de agosto, tuvo el nobilísimo sentimiento de acudir enseguida a la citada prisión, para evitar así el sacrificio de todos los detenidos.

A más de estos repugnantes sucesos, las turbas se dedicaron a efectuar otras detenciones durante los días siguientes, hasta el cuatro de agosto citado. Asaltaron las iglesias del Carmen, Santo Cristo² y Misericordia, destrozando todas las imágenes y los retablos de las dos últimas. Expulsaron del claustro a las religiosas Carmelitas, sometiénolas a groseras vejaciones por las ramerías del pueblo y en especial por una llamada la Condesita³.

Esta relación verídica que se inscribe en este Libro para testimonio y lección de las futuras generaciones, esta garantizada por las firmas del Párroco que suscribe y de dos testigos de mayor excepción: Don Francisco Herrera de Llera, Juez de Instrucción del Partido, y Don Pedro Jesús Cordón y López de Ocariz, Abogado y Presidente de la Comisión Gestora de este Ayuntamiento desde que fue tomado el pueblo por el Glorioso Ejército Nacional. Ambos víctimas del furor marxista y salvos milagrosamente de la tragedia parroquial.

[firmar]

Manuel Alemán, Párroco Arcipreste⁴. Pedro Jesús Cordón. Francisco Herrera, Juez de Instrucción.

[sellos de la Parroquia, la Alcaldía y el Juzgado]

² Sobre el ajuar perdido de la ermita del Santo Cristo, vid. Emilio QUINTANILLA MARTÍNEZ: «La Escuela de la Bienaventurada Virgen María de Fuente de Cantos (Badajoz) según la documentación conservada en el Archivo parroquial de Ntra. Sra. de la Granada (1738 - 1936). *Memoria Ecclesiae*. XXI. Oviedo, 2002. p. 395-421.

³ Su nombre era Florinda Seoane Vicito.

⁴ El párroco don Manuel Alemán no fue testigo directo de los hechos que se narran. Como se dice en este testimonio, los revolucionarios se dirigieron al sacerdote encargado de la Parroquia por ausencia temporal de su titular.

II

Archivo de las Carmelitas Descalzas de Fuente de Cantos. Caja 4. Libro X. Nú. 42. 1936

RELACIÓN DE LOS SUCESOS ACAECIDOS EN LOS AÑOS
DE LA REPÚBLICA Y REVOLUCIÓN A NUESTRA COMUNIDAD

En el mes de Abril del año 1931 estalló la República en España, dando comienzo por la quema de iglesia y conventos y, por consiguiente, la intranquilidad y sufrimientos de las Comunidades, que, no sin fundamento, veían avecinarse un cúmulo de males-tar general.

El día 13 de mayo de dicho año, víspera de la Ascensión de Señor, nos llegaron noticias de que varias Comunidades andaban dispersas por haberlas arrojado de sus Conventos. A media tarde, personas afectas a la Comunidad nos dijeron convenía salirnos aquella misma tarde del Convento, y sacáramos todo lo que pudiésemos, pues había rumores de alarma de ser quemado nuestro Convento, y convenía no perder tiempo, nos enviaban ropa seglar. Nosotras, en la misma angustia, no podíamos persuadirnos a realizar lo que era para nosotras era más doloroso que la misma muerte: Salir de nuestro amado Convento, así dijimos, no lo haremos mientras nuestro Prelado no nos lo mandase. Se sacaron: imágenes, ornamentos y otras cosas a casas amigas. Todo estaba preparado en la portería; y estando la puerta abierta para sacarlo, pasó el Alcalde, el cual movido de compasión al ver nuestra aflicción, mandó no se sacase nada, que él daba seguridad, aunque perdiera su cabeza, no nos pasaría nada, que estuviésemos tranquilas. Venían las señoras y nos decían salirnos, que la alarma seguía, volvió el Alcalde y los suyos, que estuviésemos quietas.

En vista de esta garantía, nos quedamos. Después del susto correspondiente, no tuvimos que pasar por el amargo dolor de salir de nuestro santo retiro. A la protección de Ntra. Madre Stma. del Carmen, por la mucha devoción que el pueblo la tiene; también al Alcalde, debimos la gracia de no salir entonces de nuestro amado convento, pues a pesar de ser socialista y nada afecto a la religión, tenía buen corazón y siempre se portó bien con la comunidad. Las mismas Autoridades mandaron custodiar el Convento por muchos días, no habiendo sido molestadas en nada. De nuestra parte se quedaban personas de confianza celando también. Que todo sea para mayor honra y gloria de Dios y Ntra. Stma. Madre del Carmen.

Poco después de este acontecimiento, denunciaron que una pared del Convento que da a la calle Laurel, por la parte de fuera amenazaba derrumbarse parte de ella y hubo que repararla inmediatamente. En tiempos tan malos, quedó abierta la clausura, le pedimos al Alcalde no dejara acercarse a la gente; y así lo hizo, poniendo guardias todo el tiempo que duró la obra. ¡Dios sea bendito por todo!

Así fue corriendo el tiempo, empeorando la situación por las malas doctrinas que de dentro y de fuera de España empaparon al pueblo bajo. Fueron los ánimos excitándose y el día 12 de Diciembre de 1932, estando en el coro por la noche rezando los Maitines de Santa Lucía, estalló un petardo a la puerta de la iglesia, que por estar muy cerca del coro alto donde rezábamos escuchamos un estruendo muy grande y el susto como es natural no pequeño; y más la pena de ver que este pueblo siempre tan devoto de la Virgen del Carmen, ya se había atrevido a ofender a tan buena Madre. Nosotras de nuestra parte, dispuestas a ser víctimas, si así nos lo exigía el buen Jesús. Mas quiso el Señor no hiciese daño ninguno, más que algún roce en la pared de los cancelos, y romper algunos cristales de las casas de enfrente. Vimos la protección de esta Madre querida, pues días después, encontró una hermana en el jardín del noviciado, entre la yerba otro petardo, que debieron echarlo por la tapia la misma noche y no estalló por la humedad de las plantas.

El mal iba cundiendo, llegó a prohibirnos tocar las campanas, si no se pagaba una subida contribución, Y optamos por dejarlas, cosa que duró más de un año.

Llegó Julio de 1936, hicimos la novena de Ntra. Stma. Madre con toda tranquilidad, y lo mismo el día de la fiesta con Su Divina Majestad expuesto todo el día y terminó la fiesta sin molestarnos nadie.

El 19 era domingo; a las cinco y media de la mañana, cuando estábamos rezando en el coro y, habiendo tocado a Misa de Alba que se celebraba a las seis, abrió la puerta de la iglesia la mandadera, apenas abierta, vuelven a cerrarla, cosa que nos causó mucha impresión, pues se oía en la calle voces de muchos hombres, esto nos hizo suponer algo grave, como así fue; pues la mandadera vino al torno de la sacristía a decir que había revolución en el pueblo, que no se abriese el torno, que querían haber cogido a los que vinieran a misa para saciar con ellos su saña.

Ese día no hubo ninguna misa, ni comulgamos, pues los sacerdotes no se atrevían a salir de casa. Habían ido por las llaves de la Parroquia los revolucionarios, la que sacaron por fuerza al encargado, Francisco Perera, diciéndole iban a buscar armas que tenían en ella ocultas. Y lo que hicieron fue poner gases explosivos, y fueron llevando personas de orden, más de cincuenta.

Apenas había pasado una hora se presenta una turba de hombres armados de escopetas; querían subir por las paredes de la huerta y, como no podían, vinieron por la puerta, que a toda fuerza entraron, pues no hubo otro remedio que abrir. Entraron también unas 10 ó 12 muchachas, las que se imponían tomándonos cuenta de las que éra-

mos con gran descaro. No pasaron de cierto sitio, pues los mismos hombres las hicieron salir, mas diciendo una que parecía ser la capitana de ellas: "Tenemos que venir otro día más despacio".

Los hombres pasaron adelante recorriendo todo el convento, pues decían venían a buscar armas y a un muchacho de derecha que no aparecía, por si estaba escondido, y nos decían: "No les hacemos a ustedes nada, pero si lo encontramos aquí, ustedes pagan".

Fueron uno o dos a la iglesia, y la mandadera se fue con ellos. Al llegar al altar mayor, dijo uno: "¿Esto qué es?", señalando al Sagrario. A la pobre mujer se le ocurrió decir: "Esto no es nada, un adorno del altar" y los pobrecitos ignorantes quedaron conformes. Como vieron que nada encontraban se fueron, pero con la promesa de volver otro día más despacio.

Al ver esto, y el peligro en que estaba el Copón con las Sagradas Formas, para evitar que pudiera suceder algún sacrilegio, nos determinamos a entrar en clausura el Santísimo y, no pudiendo venir ningún sacerdote por la persecución, se determinó la Priora a salir a la iglesia, y temblando, como puede suponerse, abrió el Sagrario y sacó el Copón, y lo colocó en un altarcito delante del comulgatorio en la sacristía interior. Allí lo tuvimos hasta el día siguiente, fiesta de nuestro Padre San Elías, haciéndole compañía todas las religiosas, día y noche

A las tres de la tarde del mismo día 19, las campanas de la parroquia, que no tocaban hacía mucho tiempo, tocaron a muerto, y enseguida a fuego; cosa que nos sobrecogió de temor, pues no sabíamos a qué eran debidos tales toques. Presentíamos graves acontecimientos, como así fue, pues se empezaron a oír detonaciones y griterío de gente. De la torre de la parroquia, y por las ventanas salía mucho humo, que desde una ventanita del convento veíamos. Nosotras con esto nos persuadimos estaban quemando la parroquia. No hacíamos más que pedir a Jesús, a quien tan cerquita teníamos, por los pobrecitos que estaban dentro, aunque creíamos que los tiros eran de la Guardia Civil para que huyeran los malos. Mas no fue así, sino que ellos eran sólo y dueños, por lo tanto, de hacer lo que querían.

Así estuvieron gran parte de la tarde, hasta que abrieron a los pobres encerrados, habiendo muerto trece, víctimas del fuego, y a otros al salir les disparaban. Conduciendo a los supervivientes a la cárcel donde les tuvieron hasta el 5 de Agosto en que entraron las tropas salvadoras e inmediatamente los sacaron. Fue milagro que en la noche anterior no dieran fuego a la cárcel, pues esa era su intención; pero Dios Ntro. Señor veló por ellos, allí se encontraban seis sacerdotes.

Pasamos toda la noche del 19 toda la Comunidad velando y desagraviando a nuestro Jesús Sacramentado en un continuo sobresalto por lo que pudiera ocurrir; y para que nos avisasen, se quedaron al cuidado en casa de la mandadera, el albañil, Francisco Baños y el carpintero, José García, y este último con sus hijos, en estos días y en esta

oportunidad han pasado mucho por nosotras, exponiendo ser presos o costarles la vida. Esto lo digo para que eternamente y en los tiempos venideros, todas tengamos en cuenta, para encomendarlos a Dios como bienhechores de la Comunidad.

Pasó así la noche sin incidentes, pero oímos decir pensaban volver a la mañana para hacer otro registro y, con este temor, determinó la Priora M. Anastasia de San José, no sin temor reverencial, sumir las Sagradas Formas entre todas las religiosas, y con esto quedamos más tranquilas y fortalecidas para lo que Dios Ntro. Señor dispusiera de nosotras.

El día pasó entre temores y casi sin darnos cuenta de que era la fiesta de nuestro glorioso Padre San Elías. Llegó el día 21, de imperecedero recuerdo para nosotras, pues apenas amaneció, ya estaban llamando desaforadamente, y diciéndonos no teníamos orden de abrir, y no lo haríamos hasta venir el Sr. Alcalde. Ellos dijeron: "Aquí no hay más Alcalde que nosotros; si no, tiramos las puertas". Se abrió y entró una patrulla de hombres armados, y seis mujeres, que fueron las que más nos mortificaron; cacheándonos, y sin dejarnos ir solas a ninguna parte, entrándonos a todas en el locutorio chico; y ellas, guardándonos hasta el momento de salir, que serían más de cinco horas, y obligadas a quitarnos el Sto. Hábito.

Como de antemano se había abierto una puerta por el lavadero que da a casa de la mandadera, para poder escapar si veíamos peligro. Cuando estaban llamando en la puerta reglar con voces desaforadas, unas cuantas fuimos a salir por esa puerta interior y sacar alguna ropa, pero algunos hombres y una mujer, que era la capitana de ellos⁵, nos detuvieron, haciéndonos entrar dentro. Así que ellos quedaron dueños de las dos puertas.

A algunas religiosas la misma mujer les quitó el santo hábito, y puso la ropa seglar, otras pudimos hacerlo en algún rato que ella salía con la Junta del Comité, para lo que ellos la llamaban a la grada exterior. Los hombres de guardia en las puertas que estaban de par en par, otros más dentro y otros a cachear el convento.

Entró el médico de casa, D. Félix Capote Gómez, que además, es hermano de una religiosa⁶. Le rogó la M. Anastasia, no la dejara sola con aquellos hombres, pues ellos querían que los acompañara la Priora. Querían que D. Félix se fuera, diciéndonos que tendría enfermos; pero la Madre le dije que primero era ella, y que si él se iba, no iría con ellos. Revolvieron todo, tirándolo y rompiendo lo que les parecía; en fin, cinco horas sin parar. Determinaron saliéramos a casas particulares, donde quisiéramos, dos en cada casa: pues juntas decían: De ninguna manera. Fue nombrando la Priora una a una e íbamos saliendo acompañadas de dos de ellos con escopetas y una mujer. Confe-

⁵ Esta debe ser la «Condesita» de la que se habla en la relación contenida en el Libro de Bautismos.

⁶ La M. Teresita del Niño Jesús, que vivió hasta finales del siglo XX.

samos que nos respetaron y no dejaron acercarse a nadie, entregándonos en las casas⁷. ¡La amargura de tener que abandonar nuestro convento, sin saber la suerte que correría, y tener que pisar las calles después de tantos años para algunas, no es para decir!

Rodeado el convento y calle de espectadores, pero con gran silencio. Podemos decir no vimos a nadie, con los ojos bajos y llenos de lágrimas y grande amargura en el corazón, atravesamos las calles, llegando a las casas de almas caritativas que, con los brazos abiertos y gran cariño nos recibieron. No podemos olvidar jamás las atenciones y amor de que todas fuimos objeto, por parte de estas buenísimas familias, que los días más amargos de nuestra vida endulzaron con su amable compañía y para que las venideras tengan en cuenta, y se perpetúe nuestra gratitud dejamos escritos sus nombres, como bienhechores de la Comunidad: Srta. Visitación Benítez, Srta. Carmen Lomana, D. Félix Capote, Dña. Demetria Gómez, D. Vicente Mata y Dña. Primitiva Carrascal y familias. Que Ntra. Stma. Madre del Carmen recompense su gran caridad, como así lo pedimos. Fueron pasando los días entre temores, por la fuerza que iban tomando, como victoriosos y dueños de todo lo que esperaban poseer.

El 25, día de Santiago, que no podremos nunca olvidar, fueron a una capilla llamada del Santo Cristo y rompieron todo. De allí se dirigieron como fieras a nuestra iglesia y convento. Saltando por una escalera que pusieron a los tejados para bajar y rompiendo una puerta de un patio; penetrando al interior del convento, destrozando todo lo que encontraban.

Lo mismo hicieron con las imágenes de la iglesia. A hachazos rompieron el torno de la sacristía, y así pasaron a ella. Sacaron los ojos a todas las imágenes; rompieron cuadros, Vía Crucis, a nuestra Madre Santísima del Carmen, que tanta veneración ha tenido siempre en este pueblo, subiendo al camarín y de allí la arrojaron al suelo, por lo que el manifestador y algunos adornos del retablo padecieron algunos desperfectos, los demás altares quedaron intactos. Las imágenes daban pena; las que tirando, no conseguían romperlas, lo hacían a hachazos, y todo esto con grande algazara. De todo hicieron un montón en medio de la iglesia con intención de darle fuego. Su intención, según parece, era quitar todo lo santo. Lo demás, sillas, cristalerías y armonium, lo tenían recogido. Lo mismo hicieron con las ropas y utensilios, pues pensaban venirse a vivir al convento, según sus cálculos, unas 20 familias. Mas Dios Ntro. Señor deshizo sus planes, pues aunque aquellos días fueron amargos, porque iban llevando a la cárcel a los sacerdotes y personas de derecha, estando en gran peligro, porque la noche del 4 al 5 de Agosto, corrían rumores de dar fuego a la cárcel, y ya tenían preparada la gasolina para ello.

La víspera por la tarde pasaron aeroplanos y dejaron caer dos bombas; sin duda venían para ver si ponían resistencia. Pero los malos viendo eran de la parte contraria, ya desorientados, huyeron las principales cabecillas. Así que, entraron triunfantes al

⁷ Es decir, la narradora quiere ser fiel a la verdad y afirmar que sufrieron daños psicológicos, pero que en ningún caso fueron maltratos físicos, salvo la violencia que ejercieron sobre ellas al obligarles a quitarse el hábito y vestir ropas de seglar.

amanecer nuestras tropas salvadoras, dando vivas al Sagrado Corazón y a España; fue una emoción que jamás se olvidará. Al frente de las cuales venía el valiente Capitán D. Ernesto Navarrete, que sabiendo el peligro en que se hallaban los de la cárcel, allá dirigió sus pasos, y fue el ángel salvador de aquellas almas afligidas.

El mismo día, el Sr. Navarrete nos dijo podíamos entrar en nuestro convento, entregándonos las llaves, que encontraron en el Ayuntamiento. Entonces las que nos encontrábamos en casas cerca del convento, corrimos a la iglesia ¡Y qué encuentro fue aquél tan doloroso! La cabeza de nuestra Madre Santísima, suelta por el suelo; le habían sacado los ojos. En el convento todo fuera de su lugar; pero al fin volvíamos a recuperar nuestro amado palomarcito.

Desde el día siguiente, jueves 6, hubo ya misa; y exposición del Santísimo al otro, que era primer viernes, en la iglesia de Ntra. Sra. de la Hermosa, que, como colegio, lo habían ocupado los malos para Hospital de Sangre, por esto lo dejaron intacto. Así es que allí íbamos a oír misa y comulgar hasta el 14 de dicho mes, víspera de la Asunción de la Stma. Virgen, en que arreglada nuestra iglesia con algunas imagencitas pequeñas que nos prestaron, fue bendecida y se celebraron dos misas. Desde ese día dichoso para nosotras, siguieron los cultos, aun parroquiales, hasta el 19 de enero de 1938, en que se inauguró la parroquia.

Ayudadas de buenas almas, y muchas jóvenes del pueblo, limpiamos y arreglamos el convento; no había cosa en su lugar, y pronto pudimos reanudar nuestra vida; se bendijo el convento y quedó establecida la clausura, tan amada para nosotras.

No quiero ni debo pasar en silencio algunas providencias de Ntro. Señor sobre nosotras, y otros, que pudiéramos llamar avisos. Uno es el no haber dado con el sepulcro de nuestro Fundador, y la puerta está encima de la reja del coro bajo; habiendo pasado varios registros allí mismo y delante de nosotras con mucha calma. No puede ser otra cosa que Dios los cegó (pues está la puerta muy patente) para que no profanaran su cuerpo, ya que no quedó rincón ni cosa que pasase desapercibida para ellos. Estando el Domingo de Ramos en el coro bajo, después de la ceremonia de la bendición, ya en la misa, dio un golpe tan fuerte allí mismo, que creímos que alguna cosa se había desplomado del tejado. Se miró, y no hallando nada suponíamos sería aviso de nuestro Fundador y tendríamos que salir. Pues en ocasiones análogas, contaban religiosas ancianas que conocimos, en las exclaustaciones que tuvieron que sufrir, percibieron golpes, y ellas tomaban como avisos, como así sucedió.

La otra es: el Niño de Praga, que tenemos de porterito, a cuya presencia estuvieron horas enteras, sólo la mano que sostiene el globo, hallaron caída al volver, y el Niño intacto. A Él encomendamos al salir, guardase nuestro convento y se guardase a sí mismo, y así nos lo cumplió⁸.

El 18 de Julio estando en la oración en el coro alto, víspera del primer registro que hicieron en el convento, una hermana vio que debajo del facistol que está en medio

⁸ Esa imagen sigue en el mismo sitio hasta hoy.

estaba mojado el suelo, pero más espeso que el agua natural, dicha hermana llamó la atención a las otras religiosas, y efectivamente, aún después de pasar bastantes horas se veía la mancha en el suelo, sin saber de donde podía ser aquello, pues en lo natural no tenía explicación. Esto fue al principio de la oración, a la que se siguió el canto de la Salve, pues era sábado. A los ocho días, este facistol fue mudo testigo de la horrible profanación de las imágenes de aquel santo lugar, Sobre todo la de Ntra. M. Stma. del Carmen que presidía nuestro coro, la que fue destrozada completamente, y lo mismo todas las de la iglesia.

¿No quería significar con esto el dolor de tantas ofensas al buen Jesús a su bendita Madre y a sus Santos, y la dureza de aquellos corazones obradores de tanta maldad? Se supo que una infeliz mujer coció la comida con trozos de imágenes, y al disponerse a comer, le dijo a su marido con burla: “Vamos a comer bien, que está cocido con santos” y el buen hombre, más humano que ella, cogió el plato y lo arrojó al suelo.

El día 20 de Julio, víspera de nuestra salida en la oración de la tarde, estando que, como ya dije en él se halla el sepulcro de nuestro Fundador, volvimos a oír otro golpe, aunque no tan fuerte como el Domingo de Ramos. Con la particularidad que toda la comunidad lo oyó, excepto una novicia que no perseveró.

Providencia no pequeña fue también que al cachearnos para la salida, nos cogieron algunas escrituras que quedaron en su poder⁹, y nosotras con el temor de perderlas como era lo más probable. Al entrar las tropas, se dirigieron al Ayuntamiento y encontraron un cajoncito donde entraron las escrituras y las llaves del convento, con un papel escrito que decía: “Esto es de las Carmelitas”: Nos fue entregado con gran sorpresa nuestra¹⁰.

[La autora del manuscrito es la Hna. Fernanda de San Juan de la Cruz]

⁹ En el Archivo de las Carmelitas Descalzas de Fuente de Cantos también se conserva un Acta fechada a veintinueve de Julio de mil novecientos treinta y seis, en la que se da testimonio de que se reunieron en la Secretaría de esta Ayuntamiento, D. Félix Capote Gómez, en representación de la Comunidad de Religiosas denominada “Carmelitas Descalzas”, con domicilio en ésta, Antonio Sánchez Castillo, Manuel Lorenzana Maya, Leopoldo Peña Báez y Julián Durán Guerrero, todos vecinos de esta Villa y, manifiestan estos últimos, que en representación del Comité Local del Frente Popular y por ordenes dimanada de la Alcaldía, han practicado un minucioso reconocimiento en el convento que aquellas religiosas han ocupado hasta hoy, y en la iglesia del Carmen aneja al mismo, el cual ha dado el siguiente resultado... Sigue una lista de los documentos incautados, los mismos que se devolvieron a la Comunidad cuando se reintegró a su convento.

¹⁰ Se incluye a continuación una relación de las imágenes que se destruyeron en esa ocasión y las que se pudieron restaurar. Pueden consultarse a este respecto Ana María del NIÑO JESÚS DE PRAGA, O.C.D.: *Fuente de Cantos (Badajoz). Patria de Zurbarán. Convento del Carmen*. Los Santos de Maimona, 1991; Ana María del NIÑO JESÚS DE PRAGA, O.C.D.; Emilio QUINTANILLA MARTÍNEZ: *El Carmelo de Fuente de Cantos (Badajoz). 350 años de historia*. Fuente de Cantos, 2003; Emilio QUINTANILLA MARTÍNEZ: *El Convento del Carmen de Fuente de Cantos (1653-2003)*. Fuente de Cantos, 2003.

III

Archivo de las Carmelitas Descalzas de Fuente de Cantos. S. c. Relato manuscrito titulado «Aquel 19 de Julio de 1936», firmado por Manuel Liaño Ruiz de Vargas. 1960

AQUEL 19 DE JULIO DE 1936

Han transcurrido hasta hoy, que me dispongo a hacer este relato, (que bien puede llamarse pequeña historia de cosas grandes) 24 años (casi una vida)... Comenzaré mi historia narrando los hechos ocurridos aquel 19 de Julio de imborrable memoria.

En la noche del 18 ya empezaron las alteraciones del orden y comenzaron los secuaces del comunismo a detener, sacándolos de sus domicilios, a algunas personas de las significadas por sus ideas derechistas o monárquicas. Yo fui a casa de mi tío Miguel Angel, y acompañada por él regresé a casa. Casi al momento de llegar, me esperaba Juan¹¹, que hizo bien en no acudir a buscarme, ya que lo hubieran detenido en el mismo momento.

Ya en casa supe lo del alzamiento militar y oímos la primera alocución del glorioso General D. Gonzalo Queipo de Llano. La noche la pasamos al lado de la radio escuchando emocionados, unas veces las noticias de Sevilla y otras las de Madrid, tan contradictorias, que sembraban el desconcierto en nuestros ánimos. Pero pensando en Dios y creyendo en que Él nos ayudaría, ya que el Movimiento empezó en su nombre, para defender la Religión y la Patria. Nos retiramos a descansar cuando llegó el día y se retiró la corriente eléctrica en los albores del tristemente célebre día 19 de Julio.

Las turbas, armadas con toda clase de armas, rifles o carabinas de los guardas de campo; escopetas de caza, que iban requisando de los domicilios particulares; cuchillos de matanza y cocina; hachas, hoces, pinchos y cuantos artefactos o herramientas encontraban, se lanzaron en tropel a detener, con el pretexto de hacer un registro en los domicilios de las personas más significadas en la política de derechas, a todos aquellos que habían sido ya señalados para ser sus víctimas. El pueblo estaba todo en la calle; las mujeres, alborotadísimas, imponían su voluntad a los hombres, excitándolos al crimen y a la violencia.

Concretando: Próximo a las siete de la mañana se oyeron fuertes llamadas en la puerta de nuestra casa. Con precaución miramos por un balcón, y la calle estaba llena

¹¹ Su marido, Juan Márquez Real.

estaba mojado el suelo, pero más espeso que el agua natural, dicha hermana llamó la atención a las otras religiosas, y efectivamente, aún después de pasar bastantes horas se veía la mancha en el suelo, sin saber de donde podía ser aquello, pues en lo natural no tenía explicación. Esto fue al principio de la oración, a la que se siguió el canto de la Salve, pues era sábado. A los ocho días, este facistol fue mudo testigo de la horrible profanación de las imágenes de aquel santo lugar, Sobre todo la de Ntra. M. Stma. del Carmen que presidía nuestro coro, la que fue destrozada completamente, y lo mismo todas las de la iglesia.

¿No querría significar con esto el dolor de tantas ofensas al buen Jesús a su bendita Madre y a sus Santos, y la dureza de aquellos corazones obradores de tanta maldad? Se supo que una infeliz mujer coció la comida con trozos de imágenes, y al disponerse a comer, le dijo a su marido con burla: "Vamos a comer bien, que está cocido con santos" y el buen hombre, más humano que ella, cogió el plato y lo arrojó al suelo.

El día 20 de Julio, víspera de nuestra salida en la oración de la tarde, estando que, como ya dije en él se halla el sepulcro de nuestro Fundador, volvimos a oír otro golpe, aunque no tan fuerte como el Domingo de Ramos. Con la particularidad que toda la comunidad lo oyó, excepto una novicia que no perseveró.

Providencia no pequeña fue también que al cachearnos para la salida, nos cogieron algunas escrituras que quedaron en su poder⁹, y nosotras con el temor de perderlas como era lo más probable. Al entrar las tropas, se dirigieron al Ayuntamiento y encontraron un cajoncito donde entraron las escrituras y las llaves del convento, con un papel escrito que decía: "Esto es de las Carmelitas": Nos fue entregado con gran sorpresa nuestra¹⁰.

[La autora del manuscrito es la Hna. Fernanda de San Juan de la Cruz]

⁹ En el Archivo de las Carmelitas Descalzas de Fuente de Cantos también se conserva un Acta fechada a veintiuno de Julio de mil novecientos treinta y seis, en la que se da testimonio de que se reunieron en la Secretaría de esta Ayuntamiento, D. Félix Capote Gómez, en representación de la Comunidad de Religiosas denominada "Carmelitas Descalzas", con domicilio en ésta, Antonio Sánchez Castillo, Manuel Lorenzana Maya, Leopoldo Peña Báez y Julián Durán Guerrero, todos vecinos de esta Villa y, manifiestan estos últimos, que en representación del Comité Local del Frente Popular y por ordenes dimanada de la Alcaldía, han practicado un minucioso reconocimiento en el convento que aquellas religiosas han ocupado hasta hoy, y en la iglesia del Carmen aneja al mismo, el cual ha dado el siguiente resultado... Sigue una lista de los documentos incautados, los mismos que se devolvieron a la Comunidad cuando se reintegró a su convento.

¹⁰ Se incluye a continuación una relación de las imágenes que se destruyeron en esa ocasión y las que se pudieron restaurar. Pueden consultarse a este respecto Ana María del NIÑO JESÚS DE PRAGA, O.C.D.: *Fuente de Cantos (Badajoz). Patria de Zurbarán. Convento del Carmen*. Los Santos de Maimona, 1991; Ana María del NIÑO JESÚS DE PRAGA, O.C.D.; Emilio QUINTANILLA MARTÍNEZ: *El Carmelo de Fuente de Cantos (Badajoz). 350 años de historia*. Fuente de Cantos, 2003; Emilio QUINTANILLA MARTÍNEZ: *El Convento del Carmen de Fuente de Cantos (1653-2003)*. Fuente de Cantos, 2003.

III

Archivo de las Carmelitas Descalzas de Fuente de Cantos. S. c. Relato manuscrito titulado «Aquel 19 de Julio de 1936», firmado por Manuel Liaño Ruiz de Vargas. 1960

AQUEL 19 DE JULIO DE 1936

Han transcurrido hasta hoy, que me dispongo a hacer este relato, (que bien puede llamarse pequeña historia de cosas grandes) 24 años (casi una vida)... Comenzaré mi historia narrando los hechos ocurridos aquel 19 de Julio de imborrable memoria.

En la noche del 18 ya empezaron las alteraciones del orden y comenzaron los secuaces del comunismo a detener, sacándolos de sus domicilios, a algunas personas de las significadas por sus ideas derechistas o monárquicas. Yo fui a casa de mi tío Miguel Angel, y acompañada por él regresé a casa. Casi al momento de llegar; me esperaba Juan¹¹, que hizo bien en no acudir a buscarme, ya que lo hubieran detenido en el mismo momento.

Ya en casa supe lo del alzamiento militar y oímos la primera alocución del glorioso General D. Gonzalo Queipo de Llano. La noche la pasamos al lado de la radio escuchando emocionados, unas veces las noticias de Sevilla y otras las de Madrid, tan contradictorias, que sembraban el desconcierto en nuestros ánimos. Pero pensando en Dios y creyendo en que Él nos ayudaría, ya que el Movimiento empezó en su nombre, para defender la Religión y la Patria. Nos retiramos a descansar cuando llegó el día y se retiró la corriente eléctrica en los albores del tristemente célebre día 19 de Julio.

Las turbas, armadas con toda clase de armas, rifles o carabinas de los guardas de campo; escopetas de caza, que iban requisando de los domicilios particulares; cuchillos de matanza y cocina; hachas, hoces, pinchos y cuantos artefactos o herramientas encontraban, se lanzaron en tropel a detener, con el pretexto de hacer un registro en los domicilios de las personas más significadas en la política de derechas, a todos aquellos que habían sido ya señalados para ser sus víctimas. El pueblo estaba todo en la calle; las mujeres, alborotadísimas, imponían su voluntad a los hombres, excitándolos al crimen y a la violencia.

Concretando: Próximo a las siete de la mañana se oyeron fuertes llamadas en la puerta de nuestra casa. Con precaución miramos por un balcón, y la calle estaba llena

¹¹ Su marido, Juan Márquez Real.

de hombres, con las armas que antes mencioné, esgrimiéndolas en forma violenta y amenazadora; nosotros nos resistimos a abrirles y pensamos defendernos como fuese...

Juan se puso en contacto con la Guardia Civil, y habló por teléfono con el Teniente D. Juan Alvarado, y este le dijo que abriésemos la puerta de nuestra casa a la chusma sin temor, que ellos (la Guardia Civil) no se podían mover del cuartel, y que si nos obstinábamos en no abrir, se podían excitar los ánimos y peligrar nuestras vidas.

No se puede describir nuestro desaliento en estos momentos; en casa teníamos a nuestra sobrina Concha Navarro, que tendría unos seis años de edad y la servidumbre: dos hombres, y dos mujeres, así es que, ante la negativa tan rotunda de la fuerza pública de ayudarnos, Juan se decidió a abrir la puerta, sereno y enérgico. Los dos criados, Juan y yo, temiendo el asalto, nos prevenimos, y cada uno teníamos una escopeta cargada y ocupábamos sitios estratégicos dentro de nuestra propia casa.

Los de la calle mientras tanto estaban furiosos, y con mazas, hachas y martillos, golpearon la puerta hasta hacer un boquete en la parte baja por donde pretendieron entrar, asomaban las cabezas. Este fue el momento en que Juan abrió de un tirón las dos hojas de la puerta y quedó erguido en el umbral, diciendo a las turbas, aumentada casi en un centenar, que qué es lo que querían o pretendían con esas llamadas y esos denuestos. Yo esperaba que se abalanzasen sobre él y hubiese lucha; tanto que a pesar de que Juan dio orden de que soltáramos las armas, yo continué con la mía y me puse detrás del biombo que hay delante de la cancela, con ánimo resuelto a disparar, en caso de que Juan hubiese sido agredido o maltratado. Gracias a Dios no fue así; aquella gente se aplacó por el momento, y dijo el que venía al frente (un guardia municipal) que sólo querían hacer un registro, para llevarse las armas.

Hubo que darle paso, y entraron dos grupos compuestos de unos veinte hombres, el resto se quedó en la calle, en actitud amenazadora. Registraron toda la casa, abriendo muebles, deshaciendo camas y mirando por todos sitios. Recogieron las armas que estaban a la vista, y a mí me quitaron de mi propia mano la escopeta que antes mencioné; me dio tiempo de descargarla sin que me vieran, y me guardé las dos balas explosivas en el pecho, y no creo que excitara sospechas.

La niña se despertó asustada y se vistió; cuenta ella que ayudada de un miliciano, y se vino la pobrecilla a mi lado. Cuando ya el registro lo habían dado por terminado y trataban de localizar a nuestro fiel sirviente, Fernando Pagador, que lo buscaban con un empeño feroz; éste se dio cuenta del peligro que corría su vida, como así mismo las nuestras, y como nada podía hacer ni por él ni por nosotros, huyó saltando por la pared a la casa inmediata, domicilio de nuestros hermanos los Sres. de Navarro Márquez. A mí me preguntaban los milicianos por él y yo les aseguraba que estaba en casa, para así darle tiempo a que pudiera huir. Así las cosas le dijeron a Juan que tenía que personarse inmediatamente en el Ayuntamiento, para contestar a unas preguntas, y que se tenía que marchar con ellos.

Yo entonces, con mucha energía y decisión les dije que también me iba. -“Y Vd. ¿Para qué?,- me dijeron - es sólo su marido, y volverá enseguida”. -“No, no, yo voy también. Esto mismo le dijeron a la Sra. de Calvo Sotelo, y no volvió a ver más a su marido; yo quiero ir con él donde sea, y si le matan, que también me maten a mí”. Estas fueron mis palabras, y sin más, nos echamos a la calle, entre aquella turba de desalmados que nos querían devorar. El grupo nuestro se cruzó con otro más numeroso y más furioso, que venía de la plaza hacia arriba; todos armados, y decidieron terminar con nuestras vidas en aquel momento.

Fueron unos momentos indescriptibles, veíamos sobre nuestras cabezas: hachas, reglas de albañiles, cuchillos, martillos, y apuntándonos con más de cincuenta escopetas y pistolas, y cabe preguntar cómo salimos no sólo con vida, sino ilesos. Ni yo misma lo puedo comprender, pero trataré de dar una explicación: Como la calle es más bien estrecha y se vio muy llena de personas, y todos tan excitados; ellos mismos se llenaron de miedo, y gritaban unos a otros: “Ten cuidado, que me vas a dar a mí” o “Chacho, para, que va a pagar uno por otro”. Yo recuerdo que le eché mano a un miliciano endeblillo y chiquitín, lo cogí por los hombros y lo ponía por delante, o bien, yo me amparaba detrás de él, y si podía me arrimaba a la pared. Este hombre hacía movimiento de protesta, pero como llevaba las manos ocupadas, se limitaba a hacer movimientos con los hombros; pero yo, aferrada a él no lo soltaba. Juan creo que hizo otro tanto, y Dios quiso que nuestras vidas que conservaran, y obró el primer milagro, cuyo testimonio perdura en la puerta de la calle de nuestra casa.

Ya dije que los milicianos decidieron romper la puerta para entrar, y con una marra de las de picar almendrilla, dieron varios golpes fuertes para hundir un tablero; en el interior, es decir, por la parte de dentro, saltaron dos astillas grandes en forma de cruz y la puerta no se rompió por esa parte. El hueco para entrar lo hicieron en la parte baja; todavía puede verse, y comprobar la verdad de esto, pues se conserva tal como quedó ese día 19 de Julio.

Al fin se dividieron en dos grupos: unos siguieron hacia arriba, con la misión de seguir, supimos después, de seguir deteniendo a las personas de orden y más significadas por su derechismo y religiosidad. Nosotros seguimos al Ayuntamiento, con el mismo grupo que nos sacó de casa y, al dar vista a la plaza venía otro grupo, tan excitado y tan pertrechado de herramientas como el anterior. Así es que nuestros propios conductores por evitar muertes en la calle, nos llevaron por la calleja del Carmen, huyendo el bulto, como suele decirse. Pero al llegar a la esquina de la plaza había un grupo de mujeres rabiosas, que nos insultaban y amenazaban ferozmente, e incitaban a los hombres para que nos maltrataran.

Una de ellas se adelantó y se puso delante de mí con las manos abiertas, y echando fuego por los ojos. Se encara con los hombres y les dijo: “¡Dejármela sola, que me la voy a comer”, y me entraba los dedos casi por los ojos, pero no llegó a tocarme, gracias a Dios.

Dando la vuelta por el correo, llegamos por fin al Ayuntamiento, donde ya estaban detenidos unos cuantos amigos, todavía pocos. Nos recibió Manuel Carrasco, abogado y amigo nuestro, si bien pertenecía al Partido Radical y luego se supo que al de Sánchez Román. Nos preguntó si nosotros también estábamos detenidos. Dijimos que sí, y nos ofreció su ayuda, si necesitábamos de él. Se veía que era un mandamás, y lo confirma que, al ir a encerrarnos, ordenó que fuese en un salón que hay abajo, a la izquierda, que hace esquina y él tenía la llave en su poder. Juan no le contestó, pues nos dimos cuenta del papel que representaba.

En esa habitación cuando entramos estaba José Antonio Dug y sus hermanos; Antonio Díaz, el de la Paloma, y no sé si algún otro más. Pero enseguida empezaron a llegar más detenidos, entre ellos, un tal Morenín, de filiación republicana, obrero, y que se encaró en la calle con los que debían ser sus compañeros. Les llamó cobardes y que si lo iban a matar luego, que lo hicieran en aquel momento. Entró excitadísimo y dando voces, con palabras provocativas e insultantes. Le rogamos que se callara, pero él no podía, estaba bajo los efectos de un ataque nervioso. Yo quería darle agua de un barril que había allí; no pudo ser, no hacía caso. Entonces Juan lo apartó un poco hacia un rincón y le dijo, que como no se callase lo ahogaría y le dio un apretoncillo en el cuello; con este susto debió reaccionar pues se calló. Más tarde me dijo: "Con el apretón que me ha dado D. Juan, se me han quitado los nervios, pues no podía dominarme; son unos canallas".

Entraron después Federico García Romero, al que un miliciano en su propia casa, le había dado un golpe en la cabeza con un martillo; D. Pedro Jesús Cordón con su señora, mi buena amiga Ana Fernández que, pensando como yo, no quiso separarse de los suyos, y les acompañaba su hijo José M^o; el Juez de Instrucción D. Francisco Herrera, que le acompañaba su esposa, pero él no le permitió que quedase detenida con él, pues tenía dos hijas pequeñas, y la madre tuvo que volver a casa para velar por ellas, y deshecha de pena, dejando a su marido en poder de aquellos desalmados. También acompañó a su marido, con ánimo de no separarse de él, Rosario Quintanilla, pero Manuel Carrascal, su marido, tampoco la dejó. Estas personas tuvieron que sufrir horrores, separadas de seres tan queridos y sabiendo que les esperaba una muerte cruel y violenta, que presentíamos por la actitud del pueblo y los preparativos que estaban haciendo.

Mi tío Miguel Angel, era por esa época médico titular de este pueblo, y fue requerido, en unión de otros compañeros al Ayuntamiento, donde existía el Instituto de Sanidad, para que prestasen asistencia médica a los heridos. Recuerdo que eran Pedro Díaz y el sochantre y organista de la parroquia, Francisco Perera; esta fue la primera víctima. Los rojos fueron a él para que les entregase las llaves de la iglesia; ese día era domingo, y hubiese habido Misa de Alba, y ellos querían adelantarse para que no se celebrase. Como es lógico, Francisco opuso resistencia, y fue golpeado brutalmente, recibiendo un corte en un brazo y varias heridas en la cabeza. Tuvo que rendirse y

entregar las llaves. Los milicianos, así que lo vieron tan maltratado lo llevaron a curar al mencionado Centro y allí quedó juntamente con el otro herido, y se libraron de estar dentro de la iglesia durante el incendio.

Mi tío supo entonces que estábamos detenidos y en poder de la chusma marxista y pidió vernos. No le permitieron entrar; sólo por una ventanilla pudimos hablar con él; yo le dije que fuera a casa y recogiese las alhajas; le expliqué donde las tenía guardadas, y todas juntas, por si había que huir, pues algo muy malo ya se presentía. Fue a la casa, y pudo entrar sin que nadie lo viera; se encontró todas las puertas abiertas y completamente sola. Recogió precipitadamente las mencionadas alhajas y las llevó a su casa, volviendo otra vez al Ayuntamiento, requerido de nuevo por las Autoridades.

Mientras tanto, en nuestra casa volvió a entrar otra pandilla buscando más cosas, y sobre todo a nuestro fiel y buenísimo criado Fernando Pagador Rosario. Lo echaban de menos entre los detenidos, y lo tenían fichado, para no dejarlo escapar. Pasaron buscándolo a la casa inmediata, pues milicianos que estaban en la torre, dijeron que, a él y a nuestro chófer, Francisco González Hermoso, los habían visto saltar por la pared de medianía. Buscaron mucho sin hallarlos y, cuando ya salían para la calle, un chiquillo de unos diez o doce años, de esos que se encuentran en todas partes, dijo: "Aquí están".

Volvieron inmediatamente y se encontraron a los dos escondidos en el interior de una máquina limpiadora de grano antigua, muy grandota, que estaba recogida en un tinahón. Los sacaron de allí y, en forma violenta y agresiva, se los llevaron detenidos también, encerrándolos en el Ayuntamiento, en el llamado Cuarto de la Sal. Por lo tanto nosotros ignorábamos que hubieran sido detenidos.

A las dos criadas que quedaron en casa les dijeron que se marcharan a sus casas; y a nuestra sobrina Concha Navarro, un miliciano la llevó a casa de nuestro pariente Timoteo Pagador, que vivía frente a nuestra casa. Allí estuvo la pobrecilla todo el día hasta que ya de noche, la recogió mi tío Miguel Angel, y se la llevó a su casa, donde estuvo hasta la liberación de Badajoz.

Los detenidos fueron aumentando; tanto que yo no cabíamos en aquella habitación ni de pie, y había otras dependencias más con detenidos. De mujeres, sólo Ana Fernández y yo. Sobre las dos de la tarde, el jefe, un tal apodado "El Gallito", por la ventanilla fue llamándonos por nuestros nombres (debía tener una lista) y se nos dijo que pasaríamos a la iglesia parroquial, porque allí estaríamos "más fresquitos" (frase textual)¹². Todos fuimos pasando a la sacristía de la parroquia. La plaza tenía el mismo aspecto amenazador que por la mañana; totalmente llena de público, que rugía de satisfacción y que pugnaba por vernos pasar.

Juan salió del Ayuntamiento con un miliciano, que lo llevaba cogido y yo, detrás de él; me acompañaba "El Gallito", que me dijo: (recuerdo sus palabras como si las

¹² Así en el original.

estuviera oyendo) "Cójase de mi brazo, que irá mejor". Yo obedecí, y así cruzamos la plaza. Él iba a mi derecha y llevaba en la mano un rifle. Subiendo los escalones volvió a hablarme y me dijo: "Los trasladamos, porque aquí van a estar ustedes más fresquitos, no tenga miedo, que no le pasará nada".

La sacristía, cuando yo llegué estaba casi llena (pues fuimos de los últimos) y la encontré toda revuelta: cajones abiertos, albas, ornamentos tirados y mucho desorden. La iglesia tenía sus tres puertas abiertas, la de abajo también, y estaban custodiadas por milicianos armados con armas de fuego. Lo primero que se nos ocurrió a Ana Fernández y a mí, fue salir a la iglesia, por una puerta que había en el presbiterio, y que hoy está cerrada por dar a la capilla del sagrario, que antes era sacristía.

Nuestro pensamiento iba hacia el Sagrario, y allí nos dirigimos prontamente y vimos, con inmensa emoción y pena, que había sido violado. La puerta estaba arrancada, con las bisagras rotas y desprendidas totalmente, con signos evidentes de violencia; la cortinilla también quitada, esta tenía flecos de hilillo dorado y estaba bordada; el copón de las Sagradas Formas estaba abierto, y las Sagradas Formas consagradas, esparcidas por la mesa de altar y revueltas con la cortinilla y el cubrecopón; en el interior, yo no vi nada. Mis afectos de amor a Dios, compasión y temor, no sé cómo lo podré explicar, pues sentía todo esto a la vez. No me atrevía a tocar con mis manos el Cuerpo de Nuestro Señor; pero dejarlo allí abandonado... eso ¡nunca! Y sintiendo en mí un espíritu superior que me impulsaba a obrar, y a obrar con rapidez. Sin pensar en más, empecé a recoger las Sagradas Formas poniéndolas en el copón. Recuerdo que tuve que sacudir la cortinilla que antes mencioné, pues algunas formas estaban adheridas a los flecos. Calculo que habría unas sesenta formas pequeñas. Esto fue lo que yo vi y recogí; mientras tanto hablaba con nuestro Señor, diciéndole: "Dios mío, no sé si obro bien o mal, pero yo no quiero dejarte aquí en poder de estos desalmados, yo te defenderé". Y así diciendo, fui colocando las formas en el copón, pero en ese momento vi también allí encima del altar la caja donde se guarda el viril, estaba vacía; entonces volqué en ella las Sagradas Formas, sin tocarlas con las manos y quedó llena, le puse su tapadera y me la guardé en el pecho. Mi amiga Ana Fernández de Cordón, estaba a mi lado presenciando, con suma reverencia todo esto.

Las puertas seguían vigiladas y los de fuera pudieron ver lo que hacía, pero no hicieron ninguna manifestación en contra. Tal vez por no concederle importancia, y estar ellos satisfechos de haber hecho en el Sagrario su primer sacrilegio. Los nuestros que estaban en la sacristía habían salido a la iglesia, y ocupaban la mitad del presbiterio. Yo me volví a la sacristía, que era el lugar donde estábamos confinados, al llegar a ellos les dije: "Llevo a nuestro Señor aquí (señalando el pecho) yo lo he recogido, y donde yo vaya venid todos, que Él nos salvará". ¿Fueron estas palabras proféticas inspiradas por Dios? No lo sé, pero el milagro, si así se puede llamar, se hizo y el numeroso grupo que me siguió, todo salieron ilesos de aquella hecatombe infernal.

Nos entramos todos en la sacristía, donde fueron llegando algunos detenidos más, y pensábamos nos tendrían allí encerrados por algún tiempo. Llegó un municipal que dijo podíamos pedir a nuestras casas algo para comer, y algunos lo hicieron. Nosotros no, ni pensábamos comer, ni en nuestra casa había nadie; y los milicianos que entraron por la mañana se llevaron de la despensa cuanto quisieron de chacina y de latas de conservas. Los compañeros que habían recibido comida de sus casas nos ofrecieron; pero yo no podía tragar ni un bocado; era imposible en aquel ambiente. Nuestros dos servidores Fernando Pagador y el chófer Francisco también estaban allí; los vi un poco antes de empezar la tragedia, debieron llegar casi de los últimos; estaban junto a la puerta de entrada.

En esto vimos entrar a nuestra prima Matilde Nogales con sus dos hijos¹³; uno de pecho, que lo traía en brazos y el otro mayorcito de la mano y con un rosario también en la mano y bien visible. Entró diciéndole a su marido y a su suegro D. Gabriel Fernández Sesma: "Estas gentes están excitadísimas, yo vengo para morir aquí todos juntos, no quiero ni quedarme viuda ni que mis hijos pierdan la fe, y sean cuando hombres unos comunistas, así es que lo que sea de ti (dirigiéndose a su marido) que sea de mí y de nuestros hijos". ¡Qué mujer tan heroica! Es digna con este acto de la general admiración. Así debieron pensar aquellas españolas de Numancia y Sagunto ¡Qué cierto es que la historia se repite! Y esta nuestra Cruzada tiene un sinnúmero de actos personales y colectivos de un gran valor heroico, y que son desconocidos.

Matilde salió de su casa sola con sus hijos y por su propia voluntad; observaba el ambiente de la calle y pensando con fe y patriotismo, obró espontáneamente. Preguntó a unos milicianos que vio a la puerta de su casa: "¿Dónde está mi marido? Quiero ir con él, donde quiera que está". Ellos se quedaron sorprendidos por tal decisión y más, viéndola con los niños y, mientras unos se ofrecieron a acompañarla, otros la tenían encañonada con sus pistolas. Entonces ella, con mucha serenidad y aplomo les dijo: "Si es que pensáis matarme, disparad ya, pero si hacéis esto sólo por asustarme, no tengo miedo; y puede ser que sin vosotros querer, se dispare alguna pistola y resulte lo que no habíais pensado". Le dijeron que no pensaban hacerle daño y la acompañaron hasta la plaza. Allí vio ella los bidones con que estaban regando la iglesia de gasolina y gas-oil. Así es que llegó plenamente convencida de que nos esperaba una muerte inmediata y cruel, como desgraciadamente fue para doce de nuestros compañeros detenidos.

Ya por lo visto el plan concebido por las hordas estaba ultimado y empezaría lo que ellos creían el fin. Entró un miliciano que cerró herméticamente todas las ventanas, dejándonos en una completa oscuridad, yo le rogué que no hiciera eso; queríamos siquiera luz, y me contestó muy secamente: "Así me lo han mandado", y continuó cerrando puertas y echando llaves y cerrojos, para que no pudiéramos salir.

Nosotros también vimos lo inmediato del fin, y algunos de los hombres más, impulsados por Bermejo, que tenía la presidencia o jefatura de los ocho o diez falangistas

¹³ Fernando y Antonio.

que había en el pueblo, pensó en defenderse y defendernos y cogió unas pértigas de plata repujadas que estaban por allí tiradas y empezó a dar órdenes. Pero en ese momento se oyeron las campanas de la torre parroquial tocar a arbitrio y doblar a muerto. Unos toques muy impresionantes y muy raros, e instantáneamente un sinnúmero de disparos en la plaza, que rompieron todos los cristales de las ventanas; otros hicieron también algunos disparos desde el interior de la iglesia. Yo vi claramente los fogonazos (esto se comprobó por lo que diré más adelante) y salir la sombra de un hombre con una escopeta humeando en la mano, que creo sería el que iba prendiendo el fuego, pues empezaron a avanzar las llamas a nosotros por la puerta de entrada.

La confusión y el terror fueron terribles; en el primer momento nos quedamos paralizados creyéndonos perdidos y nos preparamos a morir resignados a la voluntad de Dios. Nos agrupamos la mayoría en un rincón, que hoy tiene una puerta que es comunicación de la sacristía a la capilla (antes existía la pared divisoria igual que en la actualidad pero tenía la entrada por el centro. Pues bien, en ese rincón nos agolpamos un grupo numeroso de detenidos, esperando nuestro fin. El Morenín empezó a decir que le siguiéramos, que él sabía cómo nos podríamos salvar, porque había sido monaguillo.

Había que salir a la iglesia; las llamas se nos venían encima; el tiroteo y las explosiones no cesaban, ya algunos de los nuestros estaban heridos, el humo era terrible, nos asfixiaba y la puerta la encontramos cerrada con cerrojo por el exterior. ¿Qué hacer? Los hombres en un esfuerzo grandísimo, vencieron la resistencia y la puerta se abrió. La mayoría nos precipitamos a salir, y veíamos que también la iglesia estaba ardiendo en su parte de abajo, y regada toda ella de gasolina; las puertas abiertas, y los milicianos custodiándolas desde fuera, a la vez que disparaban sus armas hacia el interior por si alguno trataba de escapar; así que la salvación era humanamente imposible.

Este Morenín que antes mencioné, seguía diciendo a voces que nos uniéramos a él y abrió la puertecita de la izquierda que tiene en retablo del altar mayor; allí existe una escalera de caracol para subir a una azotea almenada, que parece como una pequeña fortaleza. Él iba delante y empezamos a seguirle los que pudimos, no todos, pues algunos se quedaron atrás heridos; otros medio asfixiados por el humo y algunos más que no se enterarían en aquella confusión. Empezamos a subir con una angustia espantosa; yo perdí de vista a Juan, y empecé a buscarlo, ya lo vi entrando por otra puerta (el retablo tiene cuatro¹⁴) y tiré de él y lo hice entrar por la puerta de la escalera. Creo que detrás de nosotros irían unas dos o tres personas más, pues el humo aumentaba, y al

¹⁴ En el banco del retablo, que quizás es el de más calidad entre los retablos barrocos extremeños del siglo XVIII, se abren cuatro puertas. Una de ella da acceso a la escalera de caracol de la torre antigua, otra al expositor y otras dos a pequeños habitáculos, verdaderos cuchitriles como les llama la autora del retablo. No son espacios que utilice o siquiera conozca la gente corriente, y es un detalle muy realista el que fuese un antiguo monaguillo el único que conociese su existencia y a dónde conducían.

abrir la puerta de la escalera de arriba, el cañón del caracol hizo de chimenea y aspiraba todo el humo que iba subiendo de la iglesia: Creímos que moriríamos allí mismo a causa de la asfixia; el último que intentó subir sufrió un desvanecimiento, se cayó y quedó abajo, salvando su vida por un verdadero milagro.

Juan subía delante de mí y yo cogida a él y detrás nuestro chófer Francisco González, y recuerdo que Juan me dijo: "Manuela, me ahogo, no puedo más". Yo sin pensar siquiera lo que hacía le dije: "Abre la boca" y le soplé en ella el poco aire que a mí me quedaba; tanto que al momento me desvanecí, y sólo sé o me di cuenta que entre el chofer y mi marido, me sacaron de allí, y me vi ya en la azotea respirando aire puro. La puerta de la escalera la cerraron, y allí nos instalamos todos sentados en el suelo, esperando nuestro fin y con la confianza puesta en Dios.

De los que se quedaron sin poder subir, un grupo se refugió en un cuartito o cuchitril que es la última puerta del retablo; allí pasaron unas horas terribles con el humo que les entraba de la iglesia; con unos libros grandes de coro muy antiguos que allí estaban recogidos empezaron a hacer aire, tratando de evitar entrase tanto humo; de esta forma aguantaron hasta la noche, que se apagó el fuego y nuestros verdugos se dispusieron a hacer el recuento de sus víctimas. Nuestro primo, Manuel Carrascal Márquez (q.e.p.d.) corrió por la iglesia buscando salir; cosa imposible, pues un pobre hombre que lo intentó, confiado porque tenía un hijo marxista, lo recibieron en la calle a tiros, y dicen que su propio hijo también le disparó, y que dijo: "Es mi padre, pero que no se escape, tiradle". Manuel tuvo la suerte (o más bien la Divina Providencia que quiso salvarle la vida) de que al cruzar por delante de la puerta se tropezó y cayó al suelo, en el instante preciso en que los milicianos disparaban sobre él, y la descarga le pasó por encima. Arrastrándose como pudo se escondió debajo de un altarcito pequeño que tenía Ntro. Padre Jesús Atado a la Columna y, contaba él, que con la lengua puesta en el suelo, era como únicamente podía respirar un poco.

Nosotros, los que subimos a la terraza, al menos podíamos respirar. Oíamos las continuas detonaciones y las explosiones de los petardos; la algarabía y los insultos y blasfemias de la chusma de hombres y mujeres que rodeaban la iglesia. Quisimos rezar en común algunos Padrenuestros por aquellos de nuestros compañeros que habían muerto y empecé yo; mas al decir: "Hágase tu voluntad", la lengua parecía que se me enredaba, y sólo hacía repetir: "hágase tu voluntad", una y otra vez, sin poder continuar la oración. Luego rezó Matilde Nogales y le pasó igual, creo que no pudimos rezar un padrenuestro completo. Y es que estábamos tan compenetrados y sumisos con la voluntad de Dios, que sólo sabíamos pedir que se cumpliese en nosotros.

Matilde, le decía a su hijito mayor que tendría unos tres años: "mira, hijo, sé bueno y no tengas miedo, que pronto nos iremos de aquí y tú vas a jugar mucho en el cielo con los angelitos". Y el nene se quedaba un poco pensativo y decía: "Pero mamá, si yo quiero jugar. Estos hombres son muy malos y nos matan. Ya verás". El pobre niño estaba tan impresionado por todo lo que estaba viendo, que el miedo le duró mucho

tiempo. Recuerdo que su abuela me contó que, pasado varios meses, lo llevó a Sevilla a la parroquia del Salvador, y lo primero que al niño se le ocurrió fue preguntar: "Abuela ¿Aquí hay sacristía?" Al contestarle su abuela afirmativamente, le dijo el niño: "Vámonos, que vienen los hombres malos y nos matan".

En la torre de la campana había milicianos que disparaban hacia nosotros, por lo que teníamos que permanecer tendidos en el suelo, y al ir de un lado para otro a rastras, pues las balas nos perseguían. Uno que intentó asomarse a la plaza, le pasó una bala la visera de la gorra. El fuego abajo se iba consumiendo ya al atardecer, y las mujeres gritaban: "Más gasolina". Creo que se terminó todo el combustible de que se disponía en el pueblo, y parece ser que oyeron llorar al niño más pequeño de nuestros primos, y en ese momento se dividió la opinión. Unos, los más, decían sacarnos y, como estábamos vivos, en la plaza nos cortarían la cabeza. Y estas voces se oían desde arriba con toda claridad. Otros querían incendiar la parte de la torre vieja donde estábamos refugiados, y nos arrojaban con hondas, piedras envueltas con algodón impregnado de gasolina y ardiendo; pero ninguno llegó donde estábamos. También trataron de tirar nos cargas de dinamita, pero a esto se opusieron los vecinos de las casas cercanas, ya que también sus hogares peligraban.

La noche ya se echó encima y, varias veces pensamos consumir las Sagradas Formas que yo seguía teniéndolas en mi pecho. Pero no sé si nos faltó decisión o nos sobró esperanza. Nos parecía que estando entre nosotros Ntro. Señor realmente presente en la Eucaristía, estaba más garantizada nuestra salvación. Nos encomendamos muy fervorosamente a la Stma. Virgen de Guadalupe prometiéndole, si nos conservaba la vida ir a su santuario a pie a visitarla y darle gracias por tan significado favor. Hecha la promesa, empezamos a notar mucho silencio en la plaza, y al poquito rato una voz muy lastimosa que decía: "¡Compañeros, compañeros! Abridme, soy el organista". Comprobamos que era él. Llegó diciéndonos que las Autoridades rojas le habían comisionado para que subiera a decirnos que podíamos bajar, que ya no nos matarían, pero que él se quedaría allí arriba y no bajaría más. Venía hecho una verdadera lástima: la cara toda amoratada de los golpes, la cabeza y el brazo vendados y una fiebre altísima. Ni que decir tiene que todos compartimos su opinión, y nos dispusimos a pasar allí la noche; pero al ratito oímos nuevas voces. Eran milicianos que nos decían que bajásemos; no se les contestó, y entonces uno de ellos subió un poco más y preguntó si lo recibiríamos en son de paz. Nuestros hombres le contestaron que sí, siempre que ellos llegasen sin armas, y fueron recibidos los dos o tres que subieron a parlamentar.

Nos dijeron, como anteriormente el organista, que se nos perdonaba la vida, y que podíamos bajar. Nos resistíamos a creerlos y pusimos nuestras condiciones; pidiendo que subieran por nosotros determinadas personas conocidas que, sabiéndolas enemigas las creíamos, sin embargo, más humanitarias que ellos. Así que bajaron de nuevo y volvieron con las personas requeridas, y ya así, nos dispusimos a salir.

Eran ya las primeras horas de la noche; en el interior de la iglesia, extinguido el fuego no se veía nada y nos alumbrábamos con velas. En la sacristía se conservaba el

fuego; unas llamas oscilantes y bajas, con un olor horripilante, que no quisiera oler más en mi vida, a carne humana achicharrada, tanto, que las víctimas casi no pudieron ser identificadas con exactitud, y unos lo fueron por el reloj, que medio deshecho no lo destrozó el fuego totalmente; otro por un distintivo de la Cruz Roja que llevaba en la solapa y que fue visto junto a unos restos; otro en fin, por un pequeño trozo de pana que no se quemó.

A la vista de esta cuadro salimos al cancel que da frente al Ayuntamiento. En mitad de los escalones vi el cadáver ensangrentado de Manolo Macías; el pobre creyó que le salvarían de perecer quemado vivo en la sacristía y salió a la puerta enarbolando un pañuelo blanco; allí mismo quedó su cuerpo con cinco balazos en el corazón. Nosotros, los que salíamos del interior de la iglesia, teníamos necesariamente que saltar sobre el cadáver ¿Puede darse mayor refinamiento de crueldad?

La actitud del público que llenaba la plaza, era expectante y rencorosa; yo recuerdo que al aparecer mi marido y yo, oí decir: "Esto no se esperaba". Debía referirse a que salíamos más supervivientes de los que ellos pensaban, y les debía causar mucha indignación. Pasamos por un pasadizo estrechito que no dejó el público que pugnaba por destrozarnos; pero las Autoridades civiles lograron imponerse, y se mantuvo el orden en medio de tanto desorden. Al fin llegamos al Ayuntamiento. Allí a unos los mandaron a sus casas, y a otros nos hicieron subir al piso alto y nos entraron en una pequeña habitación que servía de archivo. Había en ella unos sillones grandes que usaba la corporación municipal, y en ellos nos fuimos sentando. Enseguida se presentó uno de los practicantes que, sin casi yo darme cuenta, me puso una inyección de cafeína, que me reanimó del estado de agotamiento en que me encontraba, y le preguntó a todos si necesitaban sus servicios. Creo le contestaron negativamente, pues no volvió a aparecer por allí

Un miliciano nos dijo que nuestro criado Fernando Pagador Rosario había muerto y que al chófer le habían dado libertad para que se fuese a su pueblo (Es de Monesterio). Con la triste noticia de la muerte de este buen hombre, que llevaba en nuestro servicio más de doce años, ya no pudimos contener los nervios y mi entereza se vino abajo; pues hasta ese momento conservé una serenidad impropia en mí. Confieso que una fuerza superior me sostenía y daba ánimo para no temer la muerte, que la veíamos tan cerca. Pero esta triste noticia me hizo llorar mucho, por la pérdida de personas queridas que sufrieron el martirio y hallaron la muerte.

Nuestro primo político, Juan Esteban Pagador, también pereció quemado; yo lo vi la última vez en el rincón de la sacristía que antes mencioné; donde nos agolpamos casi todos. Al salir para la iglesia, yo tiré de él para salir todos, y me dijo: "Déjame"; debió quedarse dentro y allí halló su fin. Que nuestro Señor los haya acogido en su seno, y gocen del premio merecido por sus sufrimientos, que debieron ser atroces.

Un familiar de Fernando Pagador se nos acercó a preguntar por él, y lloramos mucho todos juntos; pero llegó un miliciano que lo echó fuera con amenazas, si seguía lamentando la muerte de su hermano.

La multitud se alejó de la plaza, y de sus alrededores y se quedó el pueblo en una calma impresionante y sin alumbrado público. Nosotros metidos en aquel cuchitril del Ayuntamiento, con dos municipales armados custodiando la puerta. La iglesia enfrente, y el cuadro siniestro del fuego que duró bastantes horas, hasta consumir y reducir a cenizas los cuerpos de nuestros pobres compañeros de cautiverio que, en número de doce, perdieron la vida en el trágico y tristemente inolvidable día 19 de Julio de 1936.

Y empezó el día 20, que también fue terrible en impresiones y angustias. Una de las víctimas, antiguo municipal de derechas, sufrió tan graves quemaduras en la vista, que se quejaba mucho con grandes lamentos, y Antonio Giraldo, que también había pasado el fuego dentro de la iglesia, tuvo un cólico hepático, pues él los padecía con frecuencia, y sus lamentaciones nos hacían sufrir, mucho más al ver que los pobres no podían recibir ningún alivio. El silencio y la quietud continuaban; de vez en cuando se oía alguna detonación como de pistola, que la situábamos dentro del mismo Ayuntamiento.

Supimos por uno de nuestros guardianes, que había llegado un Delegado del Gobernador. Ana Fernández y yo pedimos permiso y solicitamos ser recibidas; esto sería sobre las tres de la madrugada. Se nos dijo que sí, y bajamos las dos a su despacho; estaba acompañado de un tal Hervias, que era depositario del Ayuntamiento y desde entonces delegado gubernativo. No recuerdo bien qué le dijimos, pero nos contestaron que los detenidos tendríamos que ir a Badajoz para ser juzgados allí. Se nos acusaba de haber sido nosotros mismos los incendiarios, y los que habíamos puesto los petardos en la iglesia y, por lo tanto los responsables de la tragedia. ¿Puede darse mayor infamia?

Subimos a comunicarlo a los nuestros, y cundió el desaliento; pues tal vez lo que harían sería liquidarnos¹⁵ en cualquier cuneta de la carretera, fingiendo una supuesta fuga. Ya perdimos toda esperanza, y más, cuando llegaron dos municipales con uno de los jefes políticos que nos traían ¡Café con leche! ¿Por qué? ¿Sería veneno? Ninguno lo queríamos tomar, pero tampoco nos atrevíamos a rechazarlo. Nuestro querido y buen amigo D. Francisco Herrera, Juez de Instrucción, que estaba a mi lado me decía que a los reos en capilla, en sus últimas horas de vida, les suelen dar algún alivio, y ese café, sería la señal de nuestro próximo fin.

Nos miramos unos a otros sin saber que hacer, hasta que ya uno se decidió a probarlo, y todos nos tomamos nuestra ración. El Gallito, que era el Jefe político que venía con los municipales del café, nos informó que nos llevarían a Badajoz por la mañana bien temprano, antes de que el pueblo se levantara, porque todos estaban en contra nuestra y peligraban nuestras vidas, por la furia del populacho que pedía nuestras cabezas: Así es que podíamos pedir a nuestros familiares algunas cosas que pudiéramos necesitar para el viaje, que ellos se encargarían de que llegasen a nosotros.

Yo no sé ni que hice, ni qué pensé en aquel momento; ya venía amaneciendo, y me asomé un poquitín, medio escondida a un balcón, y vi a un carro de los de la basura,

¹⁵ Subrayado en el original

que recogía los cadáveres y los restos de los mártires para llevarlos al cementerio. Mejor no haber visto nada. Me entré otra vez a mi sitio, y empecé a encomendarme con mucho fervor a nuestro Señor, que seguía realmente presente entre nosotros en la Sagrada Eucaristía. Y confortada y fortalecida, en Él esperé resignada lo que pudiera ser nuestro fin.

En este momento que serían tal vez las seis de la mañana, se presentaron a vernos y ofrecernos su ayuda y sus consuelos nuestros amigos, el matrimonio D. Modesto Romero y D^a Pilar de la Peña. Fue una visita tan inesperada en aquellas tan trágicas circunstancias, que nos quedó extremadamente sorprendidos. No podíamos comprender cómo siendo personas de derechas y, sobre todo ella, muy significada por su religiosidad, tuvieron decisión y pudieron llegar hasta nosotros ¡Que Dios les haya pagado su buena acción, tanto como yo se lo agradezco! Llegaron acompañados por dos milicianos, que estuvieron presentes en la entrevista, y creo que también le tasaron el tiempo. Indudablemente fue una obra meritoria.

Volvimos a quedarnos solos, y yo me vi tan sucia... El vestido que llevaba era de color crudo muy claro, y se me había quedado casi negro y manchado; el bulto que en el pecho formaba la caja que guardaba el Stmo. Sacramento, como sobresalía, había marcado un redondel casi negro que, indicaba bien a las claras que llevaba algo oculto y, como podía despertar sospechas y tal vez provocar un registro, y que el Cuerpo de Ntro. Señor fuese otra vez profanado; me angustié muchísimo, y conmigo los demás detenidos; José Antonio Dug, me ofreció pedirle a su novia, hoy su esposa, Inés Godoy, un vestido para que yo pudiese salir decorosamente de aquel lugar. Fue un municipal a recogerlo, y me mandó un vestido de color marrón, que me lo puse sobre el mío, y ya quedé preparada para lo que yo creía mi viaje final.

Entre tanto las hordas marxistas, otra vez ebrias de sangre, empezaron a acudir a la plaza, tal vez más armadas que el día anterior. Buscaron un camión y chófer que nos llevase a Badajoz, y por misericordia Divina no lo encontraron. Los conductores que estaban en el pueblo se escondieron; y Abelardo, que tenía un camión nuevo, le quitó unas piezas, creo que fue el carburador. Al no poder marchar, pues el dueño les hizo ver la imposibilidad de que pudiese marchar el camión sin aquellas piezas, desistieron de su intento, y acordaron trasladarnos a la cárcel.

Entraron a darnos la noticia el Alcalde y otros mandones más, diciendo que habían tenido órdenes de Badajoz de que no nos trasladasen, porque aquella cárcel estaba muy llena de detenidos, y que nos llevarían a la cárcel de aquí hasta que fuésemos juzgados.

D. Paco Herrera alegó algo sobre su inmunidad, por ser primera autoridad judicial; y le permitieron que estuviese detenido en su domicilio, y custodiado por milicianos. Estuvo en este estado hasta el 5 de Agosto, que entró en este pueblo el glorioso ejército salvador.

Los restantes detenidos fueron atados codo con codo, de dos en dos y llevados a la cárcel entre la mofa y la chusma del populacho, que extremaba las amenazas y las palabras soeces y groseras.

Cuando le legó el turno a Juan notamos mucho cuchicheo entre los capitanes de la revolución, y ya nos dijeron que le pueblo estaba muy excitado y enfurecido contra él (había sido hasta el momento de ser detenido Jefe de Acción Popular, y no le perdonaban su actuación siempre valiente y decidida en favor de las derechas). Y que ellos harían todo lo posible por apaciguar los ánimos y protegerle; pero que no respondían. Yo rogaba insistentemente a Ntro. Señor que nos salvase, y que no permitiese una profanación de su Sagrado Cuerpo. Me acordaba de S. Tarsicio, y me encomendaba a él también.

Aquellos hombres decidieron salvar a Juan; uno se puso delante de él como sirviéndole de escudo, y otros dos a los lados, como amparándolo con sus cuerpos. En la espalda me puse yo; no yo, sino nuestro Divino Salvador que, al llevarlo yo en el pecho, hizo el milagro de que saliéramos con vida de aquel trance; el más violento y terrible de todos los pasados, en el decir de nuestro buen amigo D. Paco Herrera, testigo de singular excepción.

Preparados de esta forma salimos a la calle, y aquello ya no se puede describir. Veíamos una multitud de más de cuatro mil personas, con armas de fuego, que nos apuntaban dispuestas a disparar. Nuestros conductores se unían entre sí, estrechando el cerco, y otro grupo nos rodeaba amenazando con sus pistolas a la plebe, conteniéndola y amenazándola, para que no disparase sobre nosotros.

Como yo salí de mi casa en la mañana del 19, tan de improviso, iba en zapatillas, y un hombre me pisó por detrás y quedé descalza. No hice caso y seguí como si nada me hubiese pasado; al poco, otro pisotón y quedé descalza total. Casi ni me di cuenta, pues la angustia era terrible y la situación cada vez peor. Viendo ellos que yo no hacía por el calzado, me dio uno una zapatilla, diciéndome: "se le ha caído" y le dije: "Déjela". A Juan, cuando ya dimos vista a la puerta de la cárcel, le dijeron: "Vete ya sólo", pero él ni hizo caso, y seguimos unidos al grupo protector¹⁶ (algo hay que llamarle) hasta dentro del portal de la cárcel. Si yo me bajo a ponerme la zapatilla, era propósito de ellos de haberle dado a Juan un tiro en la nuca, y si se hubiese separado del grupo para entrar sólo, en la cárcel le hubieran hecho otro tanto. ¡Sólo la infinita misericordia de Dios nos salvó la vida en tan angustioso trance!

Preguntamos si yo podía quedar detenida con mi marido, y dijeron que no tenían órdenes de detener a las mujeres; si yo quería podía quedar allí voluntariamente, pero separada de los hombres y, por lo tanto, sin poder estar con Juan. Así es que decidimos que Juan se quedase, y yo quedar libre, que podía serle más útil. Me hicieron saber, que

¹⁶ Subrayado en el original.

a mi casa no podía volver, porque ya pertenecía al Comité; que me fuese a casa de algún pariente o amigo. A Juan se lo llevaron para adentro; yo dije que me iría a casa de mi tío D. Miguel A. Ruiz de Vargas, médico titular. Y acompañada, mejor dicho, conducida por cinco milicianos armados, llegué a su casa, no sé como, pues las fuerzas me fallaban; notaba que me iba agotando, y creí que me caería desfallecida. Esto era a la una del día en el mes de Julio y el calor era horroroso.

Al fin llegué, y recuerdo que todavía me dio Dios entereza para decirle a los hombres que me seguían: "Ya saben Vdes. donde estoy; si sacan a mi marido para matarlo, venir por mí, que quiero los dos juntos". No me dieron contestación ¡Sólo Dios pudo obrar este milagro!

Entré en la casa ¡Con qué alegría y emoción mis tíos y mis sobrinitos! Al decirle que traía consigo a Ntro. Dios Sacramentado, todos se arrodillaron, con lágrimas en sus ojos y plegarias fervorosas en sus labios. Entonces yo saqué la caja que contenía las Sagradas Especies, y rezaron una estación y otras plegarias más. Mi tía puso una lámpara y aderezó una parte del ropero, donde guardamos nuestro muy preciado Tesoro y salimos de aquella habitación que quedó hecha un Sagrario-Calvario.

Mi tío me dijo, que qué pensamientos eran los míos, y al decirle eran llevar el Santísimo a un sacerdote, le pareció lo mejor, pero dijo que no fuese yo personalmente, pues podía con mi presencia comprometerlo, y que él iría a llevarlo a D. Felix Agraz, que estaba refugiado dos casas más arriba del domicilio de mi tío, y que él, por su calidad de médico, no despertaría sospechas. Nos pareció muy bien, y después de rezar una estación, tomó mi tío la referida cajita, y se la entregó al mencionado sacerdote las Sagradas Formas, en la tarde del 20 de Julio de 1936¹⁷.

¹⁷ Se conserva una segunda narración, fechada algunos años después, en 1974, escrito por la misma autora, en la que se cuentan resumidos los mismos hechos. No se añaden datos nuevos, con la única excepción del testimonio de la protección que ejercieron la protagonista del retrato y su familia sobre los hijos de la mujer que la atacó al salir de su casa; y del destino de las formas que la narradora no encontró en el sagrario de la Parroquia: *Cuando en aquel 19 de Julio recogí las Sagradas Formas consagradas del sagrario violado, no vi, y por lo tanto quedaron allí la Sgda. Forma grande que se ponía en el viril de la custodia, para la exposición solemne y dos o tres más de las pequeñas. Estas fueron recogidas por el virtuoso sacerdote D. Luis Ovando, que, al comprobar estaban incorruptas a pesar de haber transcurrido 18 días, las trasladó con suma reverencia, y en forma secreta y privada a la iglesia de la Patrona, Ntra. Sra. de la Hermosa, y poniéndolas en aquel sagrario, le hizo entrega de su custodia a la entonces Superiora, Hna. M^a de la Eucaristía Mancha. La Comunidad de las Hnas. de la Doctrina Cristiana permaneció refugiada durante esas turbulentas jornadas en el domicilio de la familia Gutiérrez Pagador.*